



Toma de la Bastilla, según pintor anónimo de la escuela francesa del siglo XVIII (Museo Carnavalet, París). Antigua fortaleza de París, fue convertida en prisión del estado desde los tiempos del cardenal Richelieu y desde entonces se consideró como símbolo del absolutismo. El pueblo de París la asaltó el 14 de julio de 1789.

La Revolución francesa

El heredero de Luis XIV y Luis XV era un joven príncipe de veinte años, más parecido a su madre, sajona, y a su abuela, polaca, que a sus progenitores varones, franceses y Borbones. Alto, corpulento, de retardado desarrollo mental, estuvo ya casado siete años sin poder consumar su matrimonio con su esposa, María Antonieta. Esta ha pasado a la Historia con más fama de frívola que de perversa; pero tenía otros vicios además de la frivolidad: jugaba sumas enormes, mientras se divertía cuando el rey dormía. Luis XVI no tenía otra pasión que la caza. Se han conservado las páginas en que apuntaba lo notable —o lo que para él era notable— de los acontecimientos. “Nada” quiere decir que no ha cazado nada aquel día.

Derribar un ciervo o un jabalí era, para él, un acontecimiento, y por millares contaba cada año las piezas menores. El “nada” reaparece en días trágicos para la corona y el estado... “¡Nada!” Este nada es Luis XVI. Se puede ser nada o nadie y actuar como papa, rey o emperador. Iglesias, reinos e imperios casi siempre marchan por inercia; pero en épocas en que se impone un cambio de régimen, el rey-nadie es la víctima de todos los errores presentes, pasados y futuros. Los verdaderos grandes reyes son los que, encontrándose en el poder en una época de transición, realizan el cambio, como Carlomagno, Felipe Augusto y Carlos V, sin reparar en el daño que a ellos les produce.

La petulancia de Luis XIV y la poltrone-



Luis XVI recibe en Reims, después de su coronación, el homenaje de los caballeros del Espíritu Santo, como gran maestre de la Orden. Pintura de Doyen conservada en el Museo de Versalles.

ría de Luis XV habían impedido el gradual desarrollo de un nuevo sistema de gobierno en Francia. Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, no puede menos de reconocer que la corte de Versalles era algo anacrónica y más propia de China que de Francia: “*On dirait une cour d’Orient!*” Imagínese para la Francia consumida por la epidemia filosófica del siglo XVIII, el “siglo de la razón”, la etiqueta oriental. Como buen positivista, Taine oscurece los grandes sucesos de la revolución con una polvareda de detalles. La revolución era inevitable; la mentalidad de Versalles, incorregible.

Cuando nació su primera hija, María Antonieta dijo “que quería impedir que su hija creciera entre una afluencia inútil de gentes de servicio, apropiada a desarrollar el sentimiento del orgullo”, y exigió que la servidumbre de la recién nacida se redujera a “ochenta personas”. ¿Después del *Emilio* de

Rousseau, sólo ochenta personas para cuidar de una niña de dos meses! La servidumbre de cada uno de los hermanos del rey, alojados también en Versalles, pasaba de seiscientos entre guardias y criados. “Por el esplendor de estos astros secundarios, juzgad del brillo del Sol Real”, dice Taine relamiéndose. ¡Astros y Sol el conde de Artois, el conde de Provenza, María Antonieta y Luis XVI!

No hay duda que al parangonar Taine la sociedad de Versalles con la de la China injuria a los mandarines. Por lo menos, los cortesanos y gobernadores de la corte manchú eran letrados, sabían sus clásicos y se mantenían con cierta dignidad oficial. En cambio, Montesquieu define a un noble francés de su época como “uno que tiene antepasados y está cargado de deudas y de pensiones”. Del cinismo de este magnate da razón Chamfort al decir que “su amor era el intercambio de dos fantasías y el contacto de dos epi-



María Antonieta y sus hijos, por Elisabeth Vigée-Lebrun (Museo de Versalles). Hija de María Teresa de Austria, casó con el delfín de Francia (luego Luis XVI). Su temperamento frívolo concitó contra sí la animosidad del pueblo francés.

dermis". La nobleza abandonó al rey de la manera más cobarde; había perdido la conciencia del deber.

Todavía la figura más noble, mejor intencionada y casi diríamos la que parece más inteligente de la corte es el rey. La reina, María Antonieta, calificaba de *pauvre homme* a su marido; pero, a pesar de ser pobre de espíritu, el rey no era ligero como ella. Comprendía la gravedad de la situación y trataba de rodearse de ministros que entendieran en los negocios. El problema primordial era hallar el modo de acabar con el déficit actual y el acumulado por los dos reinados anteriores. Sin embargo, este problema envolvía todos los demás: de reorganización interior, distribución de servicios, reglamentación del comercio, abolición del feudalismo, etc. No podía haber balance de ingresos y gastos sin nuevos impuestos y un mejor reparto de los antiguos. Y aun había que dar esperanzas



Gabinete de María Antonieta en el Palacio de Versalles.



Robert-Jacques Turgot y Jacques Necker (Museo de Versalles), los dos ministros de Hacienda de Luis XVI que, empleando sistemas económicos distintos, quisieron salvar la economía de Francia. Ninguno de ellos ni de sus sucesores lo consiguió.

de que los sacrificios estarían compensados con beneficios, sin que todo lo engullera Versalles.

Preparados por la filosofía fácil de aquel siglo, los franceses se entusiasmaron con los proyectos de dos ministros de Hacienda que llegaron a gozar de inmensa popularidad. Luis XVI los favoreció hasta el punto de darles casi un poder análogo al que tuvieron los privados de los reyes anteriores. Uno fue Turgot, el otro Necker; aquél, partidario del comercio libre, sin trabas; éste, decidido estatista, partidario de intervenir fijando los precios y regulando la oferta y la demanda. Ambos fueron honrados, con fe en sus doctrinas, tenaces, inteligentes y generosos. En una época normal ambos hubieran conseguido para el estado la prosperidad que producen los gobernantes sinceros y capaces. Turgot trató de salvar a Francia con una doctrina económica que podía compararse a la de Sully y Enrique IV, que se proponía que cada francés pudiera echar gallina en el puchero. Turgot era de la escuela filosófica (casi una secta) de los que se llamaban "fisiócratas", esto es, los partidarios del gobierno natural, físico, espontáneo, de las cosas mismas. Como el hombre era naturalmente bueno, la naturaleza era también justa y sabia, y no había más que dejarla hacer. El comercio todavía estaba sujeto a las aduanas provinciales: habría que suprimirlas; la industria estaba limitada por los reglamentos gremiales: también se ganaría en abolirlos; la importación de grano, intervenida por el estado, requería libertad. Esto era "fisiocracia", un balbuceo del librecambio de Adam Smith, que todavía hoy no hemos podido articular con éxito.

Para Turgot, la función del estado en aquel momento trágico, con una deuda gigantesca, debía reducirse a fomentar la actividad natural, mejorar los caminos, las sillas de posta y correos, reducir privilegios y disminuir injusticias. En Hacienda, su táctica era de una simplicidad fantástica: por lo pronto, economías, evitar nuevos déficit y enjugar el antiguo, reservando cada año diez millones de libras para que, al interés compuesto, mágicamente se multiplicaran, y en día no lejano llegaran a formar una suma suficiente con que pagar a los innumerables

acreedores de la nación. Un "cuento azul", según dijo Maurepas, su compañero de ministerio.

Turgot esperaba que, sin regular el comercio, habría abundancia "natural" de harinas y granos. En aquel tiempo el pan entraba en proporción todavía mayor que ahora en la comida del pobre. La mitad del presupuesto de una familia de obreros estaba destinada al pan. Sin embargo, como, a pesar de la bondad natural del hombre, había monopolizadores y, a pesar de la justa economía de la naturaleza, había malas cosechas, Turgot tuvo que dejar el puesto a consecuencia de una "guerra de harinas". Le sucedió Necker, ginebrino y calvinista. Llegado a París sin fortuna, se distinguió como empleado de un banco hasta serle confiada su gerencia, y pudo acumular un capital de ocho millones de libras. Tenía casi cincuenta años cuando traspasó el negocio a su hermano, y empezó una nueva vida de publicista. Publicó un *Elogio de Colbert*, y en el momento peor de la "guerra de harinas", un *Ensayo sobre el comercio de trigos*. Esto le dio fama de gran economista, los ministros empezaron a consultarle y en el año 1776 el rey le llamó para suceder a Turgot en la Hacienda.

Discreto, de modales atractivos y sin la untuosidad del cortesano, Necker era de costumbres irreprochables e incapaz de corrupción. Su tratamiento de aquel grave



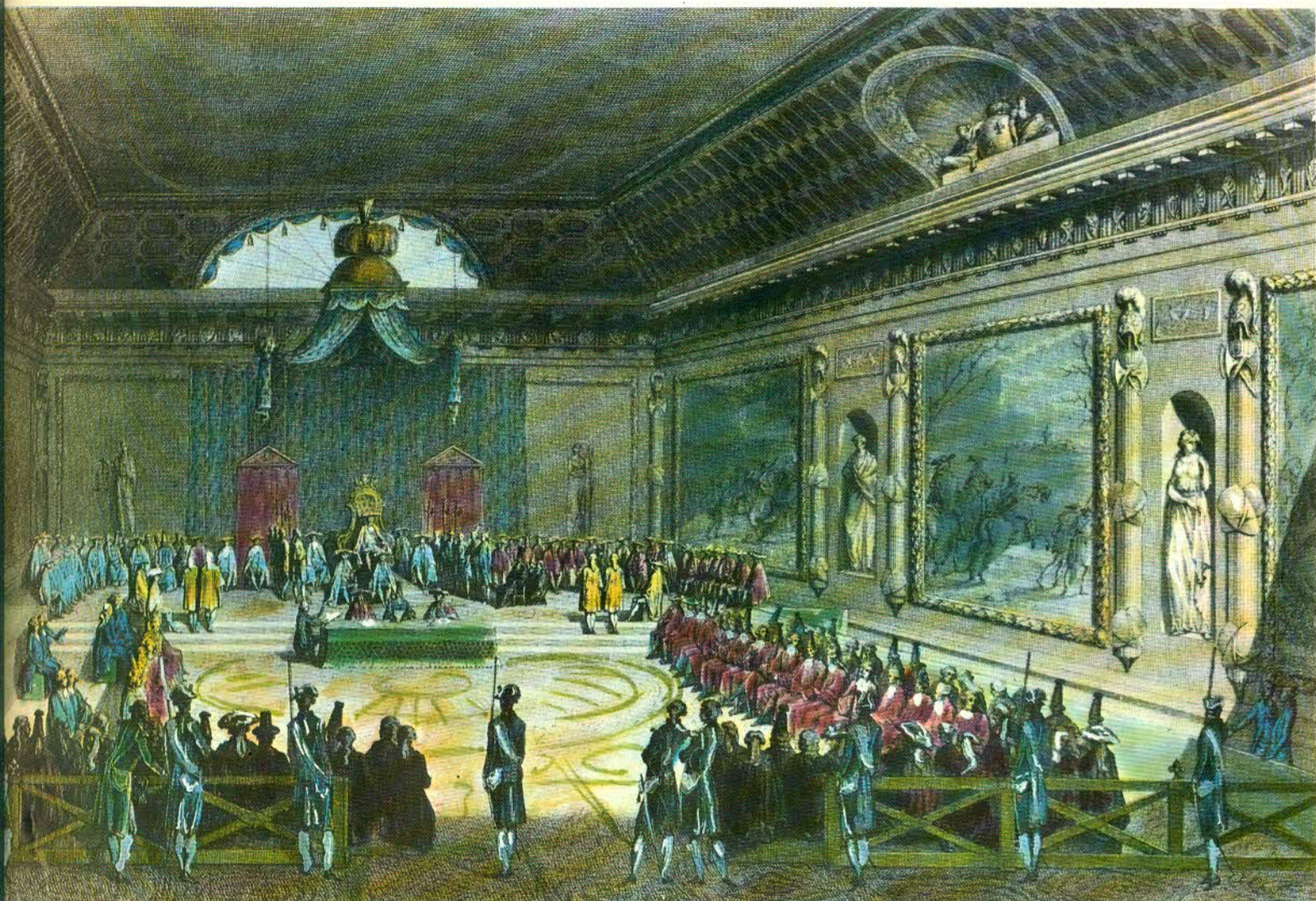
Cómoda de estilo Luis XVI realizada por Reisnier (Museo Nissim-Camondo, París).

enfermo, la Hacienda francesa, combinaba las economías de Turgot con empréstitos colosales, que Turgot no hubiera podido imaginar posibles. Pero Necker era banquero y sabía "vender millones", colocar emisiones como se dice ahora, a pagar cuando sea posible (si es que se pagan).

La estrategia de Necker no era mala; por esto se mantuvo en su puesto más que Tur-



Sala de juego de la reina María Antonieta (Palacio de Versalles).



Asamblea de notables reunida en Versalles bajo la presidencia de Luis XVI el año 1778, según dibujo de Moreau el Joven (Museo de Versalles). De la reunión de esta asamblea, que no resolvió nada, salió la idea de convocar los Estados Generales.

got, y de no haber habido otros problemas políticos y sociales que resolver, acaso la revolución se hubiera evitado. Pero Necker, como Turgot y todos los ministros bienintencionados que rodearon al rey, comprendía que aquellos paliativos sólo servirían para ganar tiempo, y proponía otros remedios, empezando por el de la división de Francia en provincias con asambleas regionales y municipales. Estas hubieran acabado por producir una entera reorganización del reino. Recuérdese que Francia en 1788 era todavía una monarquía absoluta; los ministros eran sólo consejeros y las órdenes emanaban del rey, sin fiscalización de un cuerpo legislativo que representara a la nación. Prescindimos de mencionar otros abusos: las contribuciones, por ejemplo, se arrendaban; los arrendatarios transmitían los cargos y derechos de padres a hijos; su contabilidad con el estado resultaba embrollada por anticipos forzosos que reclamaba la Hacienda. El territorio nacional estaba dividido en treinta provincias, gobernadas por "inten-

dentes", que eran verdaderos simulacros del poder real. El carácter de estas provincias variaba, pues mientras unas eran antiguos feudos anexados a la corona de Francia, otras eran, en cambio, gobiernos de reciente creación.

El caos administrativo aumentaba día por día. Desde la dimisión de Turgot, en diez años el gobierno había devorado, en gastos extraordinarios, 1.600 millones obtenidos por empréstitos. En 1786, Calonne, que había sucedido a Necker, se vio obligado a comunicar al rey, en una *Memoria*, el deplorable estado del Tesoro, que acumulaba déficit anuales de cien millones de libras. La *Memoria* insistía en que "había que reformar lo vicioso en la constitución del Reino, empezando por los cimientos para evitar la ruina total del edificio del Estado".

Calonne proponía un plan de reformas, síntesis, por no decir mezcolanza, de todo lo que habían planeado Turgot y Necker. No las enumeraremos todas, ya que no fueron aplicadas; el torbellino de los acontecimien-



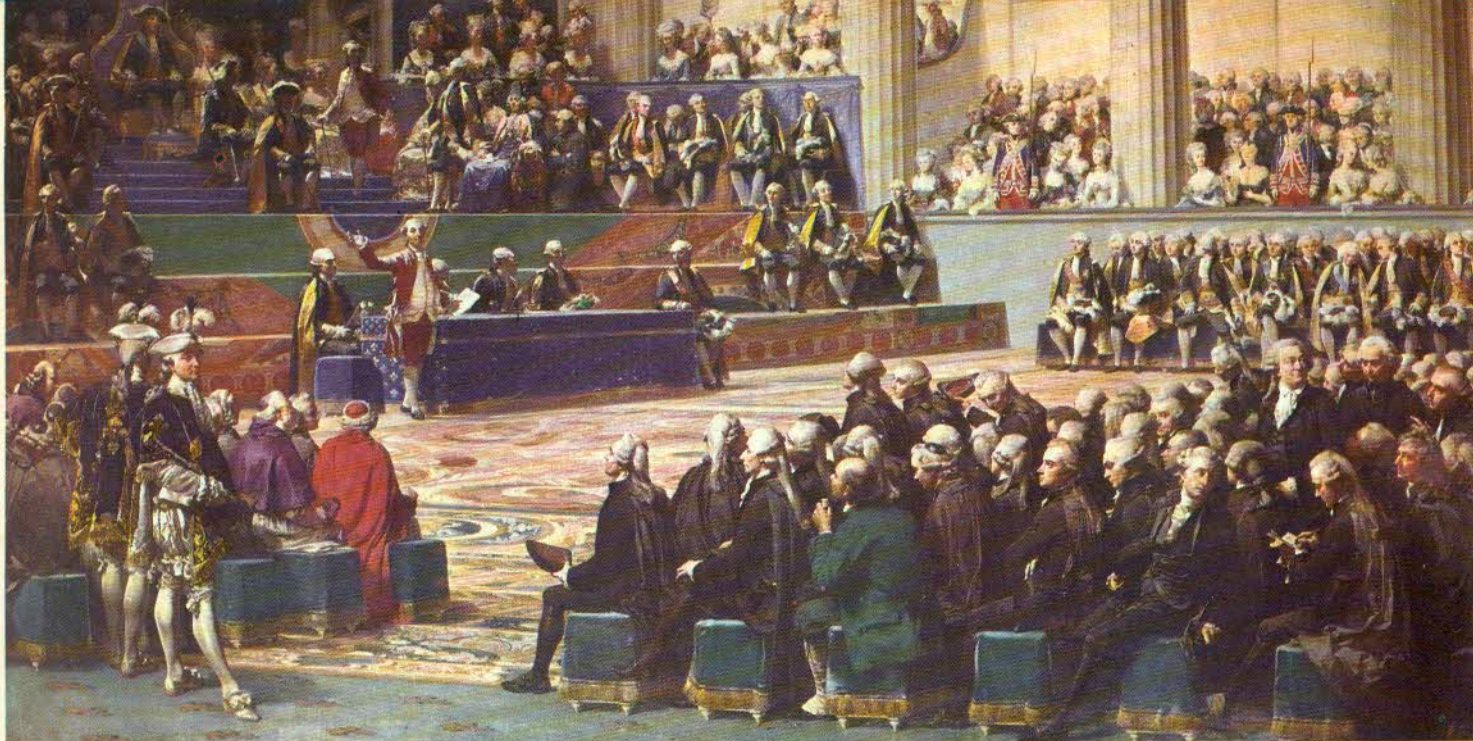
Cabinete de Luis XVI en Versailles.

tos no permitió ni empezar el “programa” de Calonne. Pero no podemos menos de señalar dos de las reformas preconizadas en la *Memoria* de Calonne. La primera, propuesta ya por Necker, consistía en establecer un régimen de gobierno regional con asambleas municipales, de distrito y provinciales. Estas asambleas debían atender a la distribución de los impuestos y al nombramiento de los oficiales de administración local. Otra, también preconizada por Turgot y Necker, era que la contribución llamada del “veintavo”, de la que los privilegiados (nobleza y clero) estaban exentos, se pagaría entonces según las tierras y ningún predio quedaría eximido de ella; ni aun las tierras del dominio real quedaban libres de aquel impuesto territorial.

Hay que reconocer que estas dos reformas eran arriesgadas. ¿Cuál iba a ser la actitud del brazo popular en las nuevas asambleas provinciales? ¿Qué dirían los nobles al ver que la provisión de cargos no venía directamente del favor real? ¿Qué diría el clero,

que poseía la sexta parte de las tierras de Francia, al ver que se las gravaban con impuestos?

La respuesta del rey a Calonne dicen que fue: “¡Pero esto es Necker puro!” “Señor —replicó el ministro—, dado el estado de Francia, no se os puede aconsejar nada mejor...” Viendo al monarca indeciso, Calonne propuso que se consultara a una asamblea de Notables antes de proceder a las reformas. “La monarquía ha llegado a un punto de madurez que permite perfeccionar su constitución”, decía Calonne. Que la monarquía había llegado a la madurez y hasta más allá, no era dudoso, pero que el perfeccionar su constitución pudiera ser obra de Calonne, y reinando Luis XVI, ya ofrecía más dudas. Sin embargo, el rey se fue habituando a la idea de convocar una asamblea de Notables, y con su ingenuidad de “pobre hombre” creyó que de ella podía venir la salvación. “Hoy no he dormido, pero ha sido de placer”, dijo a Calonne cuando se hubo decidido. La asamblea se convocó sin tan sólo consultar-



Primera sesión de los Estados Generales reunidos en Versalles el 5 de mayo de 1789 (Museo de Versalles).

lo' con la reina. Los Notables se reunieron en Versalles el 22 de febrero de 1787.

Escogidos arbitrariamente en la Cámara Real, había entre los Notables sólo seis del brazo popular; los demás eran príncipes de la sangre, prelados, nobles, magistrados, presidentes de municipios, todos de clases privilegiadas. Entre los nobles descollaba el joven marqués de La Fayette, con el prestigio que le daba su romántica intervención en la revolución americana. Algunas de aquellas personas eran cultas y de buen sentido y,

teóricamente, cada una por separado hubiera aprobado las reformas, pero reunidas, y en la práctica, no estaban dispuestas a sacrificar sus privilegios.

La nación presenciaba aquel experimento con maligna curiosidad. Se conocía demasiado a Calonne para creer que llamaba a los Notables para nada serio; lo que quería era obtener más recursos con un fantasma de representación nacional. Sin embargo, algunas gentes ilustradas preveían que sería difícil detenerse allí. "Al convocar a los No-

LA CONVENCION Y EL TERROR

La victoria de Valmy, en septiembre de 1792, convenció a los revolucionarios franceses de la justicia de su causa y del triunfo irreversible de la Revolución. En ese momento de euforia se piensa en la "exportación" de la ideología francesa, se acuerda ayudar y socorrer a los revolucionarios de todos los países y se remprende la política de fronteras naturales de Luis XIV. Los girondinos se identifican con esta corriente expansionista y apoyan a los militares, que a principios de 1793 conquistan Bélgica y toda la orilla izquierda del Rin.

La reacción de los países legitimistas fue la formación de una alianza general contra la República: los ejércitos prusianos invaden la orilla izquierda del Rin, los españoles penetran en el Rosellón, Saboya cae en manos del rey de Cerdeña... Dumouriez, el más ilustre de los

generales franceses, se pasa al enemigo. Empieza a hacerse realidad la traición en las propias filas, inmediatamente confirmada por la sublevación de la Vendée, la entrega de Tolón a los ingleses, el levantamiento de más de 60 departamentos contra París. Los girondinos, comprometidos por la actuación de Dumouriez y por los avatares de una guerra que han desencadenado y no saben ganar, caen en desgracia.

En un momento de peligro excepcional, apoyados por el pueblo y decididos a salvar la Revolución, suben al poder los jacobinos. Se suspende la vigencia de la Constitución y la Convención declara que "el gobierno de Francia será revolucionario hasta la paz". Emanados de la Convención surgen:

El Comité de Salvación Pública (creado en abril de 1793)

Se le encarga el poder ejecutivo, salvo finanzas y policía. Pronto gobernará como una dictadura y tomará medidas excepcionales: movilización general, creación de la industria de guerra, suspensión de elecciones... Se preocupa de sujetar estrechamente a las provincias mediante el envío de representantes nacionales superpuestos a las autoridades, a las que pueden destituir en caso necesario.

El Comité de Seguridad Pública (creado en septiembre de 1793)

Encargado de la política.

El Tribunal Revolucionario de París (creado en marzo de 1793)

Aplicará con dureza la "Ley de sospechosos"; todo aquel francés que traicione a la Revolución será condenado a muerte.

Desencadenan el Terror como medio de acabar con la quinta columna y salvar la Revolución.

tables, el rey ha dimitido”, decían los nobles. “Versalles está de baja, el papel de Francia sube”, decían los patriotas. “Es un ultraje a la nación tratar de cambiar el régimen sin convocar un Parlamento donde estaría representado el brazo popular”, añadían otros.

Mientras tanto, los Notables deliberaban sin resolver nada práctico. Se habían dividido en siete comisiones, presididas por príncipes de la sangre: dos hermanos del rey, el duque de Orleáns, tres Condés y un nieto de Luis XIV y la Montespan. La luz que podía venir de comisiones así presididas tenía que ser muy tenue; los Notables sólo se manifestaron con entera claridad en lo del impuesto territorial. ¿No habían sido obtenidos los privilegios por servicios realizados en reinados anteriores? La exención de los impuestos no era un favor gratuito, sino a cambio de sacrificios que habían hecho sus an-

tepasados por la nación. Pero Calonne vociferaba: “¡Son abusos! Sí, señores, abusos que pesan sobre las clases productivas y laboriosas, abusos de privilegios pecuniarios, excepciones de la ley común, desigualdad en el reparto de los subsidios, enorme desproporción entre las contribuciones de las diferentes provincias de un mismo Estado y entre las cargas de los súbditos de un mismo soberano”. Así hablaba el ministro de la corona, no un demagogo. Para más coacción, el rey (o sea el ministro) hizo comprender a los Notables que se les había convocado, no con la finalidad de que deliberasen acerca del fondo de las reformas, sino sobre la manera más adecuada de llevarlas a la práctica.

Entonces uno de los Notables, el procurador general de Aix, pronunció la terrible sentencia: “Ni esta asamblea de Notables, ni otras asambleas parecidas, ni aun el rey...

Juramento del Juego de Pelota, según Luis David (Museo de Versalles). Una vez reunidos los Estados Generales, el brazo popular se constituyó en Asamblea Nacional y el 22 de junio sus miembros, reunidos en el trinquete de Versalles, juraron no separarse hasta haber elaborado una Constitución para el país.





Saqueo de los Inválidos el 14 de julio de 1879, cuadro de Lallemand el Joven (Museo Carnavalet, París). Las turbas de París, iniciada ya la Revolución, entraron a viva fuerza en los Inválidos, donde encontraron armas para asaltar la Bastilla.

pueden imponer el impuesto territorial. Únicamente tendrían derecho de hacerlo los Estados Generales, o Parlamento general de todo el reino, elegido por el pueblo”.

Jurídicamente el procurador de Aix tenía razón; la monarquía absoluta había usurpado derechos a que la nación nunca había renunciado. Algunos de aquellos privilegios que Calonne calificaba de abusos habían sido concedidos en la Edad Media, mucho antes de que el rey hubiera absorbido todas las funciones del estado. La Fayette propuso también que se convocara para dentro de cinco años, esto es, para el año 1792, una “asamblea nacional”. El nombre era insólito: “¿Queréis decir los Estados Generales?”, preguntó el presidente, conde de Artois. “Sí, monseñor, y hasta algo más que esto”, contestó La Fayette.

La asamblea de Notables se manifestaba, por tanto, contraria al absolutismo en el aspecto tributario y llegó a acusar a Calon-

ne de malversación de fondos, por lo que éste dimitió. Su sucesor, el arzobispo De Brienne, disolvió la asamblea de Notables y trató de llevar a la práctica las ideas de Calonne, pero fracasó.

Deliberadamente hemos concedido un espacio que parece desproporcionado, en nuestro relato, a los preliminares de la revolución, porque hemos querido, con imparcialidad, poner de manifiesto la absoluta incompetencia de las clases privilegiadas. Taine y los demás escritores reaccionarios que historian la revolución lamentan la destrucción de vidas y riquezas que acompañó a la catástrofe. Acusan de ello a los *sans-culottes*, al tercer estado, o brazo popular. “¡Hay que precaverse contra los “de abajo” —parecen decirnos—; son peligrosos! ¡Mirad cómo se regocijaron como bestias feroces en los motines y degollinas de la revolución!” Pero Taine y otros escritores del siglo pasado olvidan cuánto dolor, cuánta pérdida

causaron los “de arriba”, los Notables, por su testarudez, su ineptitud, su cobardía. Una revolución, en realidad, no es el paso de un régimen a otro régimen: es el paso de un sistema de gobierno a la anarquía. De la anarquía tiene que nacer un nuevo régimen si el antiguo no tiene vitalidad para reformarse gradualmente. Esto fue lo que ocurrió en Francia. Si los Notables hubiesen ayudado a Turgot o a Necker, aceptando medidas de transición de un régimen a otro, no hubiera habido necesidad de barrerlo todo con el huracán revolucionario. Taine y sus análogos se burlan despiadadamente de Rousseau y de su *Contrato Social*, pero, por lo menos, aquel hombre de la calle, aquel personaje oscuro y desheredado de la fortuna, había soñado un plan fantástico y lo deseaba con todo su corazón.

El fracaso de la asamblea de Notables hizo necesaria otra panacea: el Parlamento o Estados Generales. Estos empezaban a convertirse en mito redentor; las gentes deploraban el retraso de su convocación; se reunían para acordar la elevación de súplicas a las gradas del trono a tal objeto; se promovían disturbios: la insurrección empezaba. “Del caos tranquilo se pasa al caos agitado —escribía Mirabeau—; empieza la creación.”

Por fin, la corte decidió la convocación de los Estados Generales, aunque nadie sabía exactamente lo que debían ser. En julio de 1788 un decreto real atestiguó que “durante varios meses se habían hecho estudios sin lograr averiguar la manera de celebrar elecciones, el número y la calidad de los elegidos, especialmente en aquellos tiempos”. Un detalle: los Estados Generales no habían sido convocados por espacio de casi dos siglos, pero el pueblo recordaba confusamente algunos precedentes de que el rey había concedido una mayor representación al brazo popular, y la filosofía política del siglo XVIII había dejado bien sentado que era de justicia hacerlo así. Ligadas a esta cuestión estaban las de precisar si los tres brazos deliberarían juntos o por separado, y si los votos serían individuales o por brazos. Se llamó otra vez a los Notables para que aconsejaran sobre todos estos problemas, y se acabó fijando el número de 1.200 diputados, repartidos así: 600 del brazo popular, 300 de la nobleza y 300 del clero.

Esta concesión, en vez de aplacar a los campeones del pueblo, los enardeció. Ellos también habían derramado la sangre por la nación y no habían obtenido privilegios. ¿Es que la sangre que no es azul es agua y no sangre? El abate Sieyès, que luego sobresalió en las asambleas revolucionarias, publicó un librito que corrió como fuego. El título era: *Lo que es el tercer Estado*, o sea el

LOS “CAHIERS”

Los *Cahiers*, palabra de significado equivalente al de *Programa*, fueron elaborados en las Asambleas electorales celebradas para elegir a los representantes del Tercer Estado. Resulta útil la comparación de las aspiraciones de los *cahiers* que provienen de medios campesinos y populares y los que provienen de medios burgueses y urbanos.

Cahiers campesinos

Igualdad de todos ante el impuesto.
Alivio de la presión fiscal.
Supresión de las cargas y derechos feudales.
Reglamentación y tasación del comercio.

Cahiers burgueses

Garantía de libertades civiles y políticas.
Reforma del estado y de la administración.
Acceso de todos los franceses a todos los cargos.
Libertad de comercio.

Mientras el pueblo pedía sobre todo una mejora de sus condiciones de vida, la burguesía aspiraba al dominio político, a la libertad de negocios, a la satisfacción de sus derechos individuales. Basta comparar estos deseos con la Constitución de 1791 para ver que en ella cristalizó todo el programa de la burguesía. Por ello, la Revolución francesa, a pesar de sus indudables medidas en favor del pueblo, fue una revolución burguesa, protagonizada por la burguesía y realizada en su favor.

R.G.

brazo popular. Empezaba así: “¿Qué es el tercer Estado? —¡Lo es todo! —¿Qué ha sido hasta ahora en el gobierno? —¡Nada! —Si se eliminaran de la nación las clases privilegiadas, ¿el estado, en lugar de perder, ganaría? —Los nobles son un pueblo aparte dentro de una nación...” Con este curioso catecismo se hicieron las elecciones y se reunieron los Estados Generales en Versalles el 5 de mayo

El conde de Mirabeau, por Tessier (Museo del Louvre, París). Diputado por Marsella para los Estados Generales, despuntó por su elocuencia y se convirtió en figura sobresaliente de los primeros tiempos de la Revolución. El descubrimiento, después de su muerte, de una correspondencia secreta con Luis XVI y María Antonieta pone en tela de juicio la sinceridad de sus acciones.



de 1789. Siempre se ha recordado esa fecha como la del comienzo de la revolución en Francia; en realidad, ésta comenzó con la asamblea de Notables. En mayo de 1789 empiezan los desórdenes.

Los diputados, siguiendo la costumbre medieval, tenían que aportar una memoria (*cahier*) en que se denunciaran abusos y propusieran mejoras. La comparación de los *cahiers* del pueblo, del clero y de la nobleza es muy interesante: reflejan las distintas mentalidades de los estados, pero carecieron de trascendencia. Ya al día siguiente de la sesión inaugural el brazo popular se declaró en franca rebeldía. La nobleza y el clero, como en los Estados Generales de la Edad Media, querían deliberar separadamente, acaso para evitar la mayoría numérica de los 600 diputados del pueblo. Pero el brazo popular manifestó que "desde el momento de la inauguración no había diferencias: todos eran igualmente representantes de la nación".

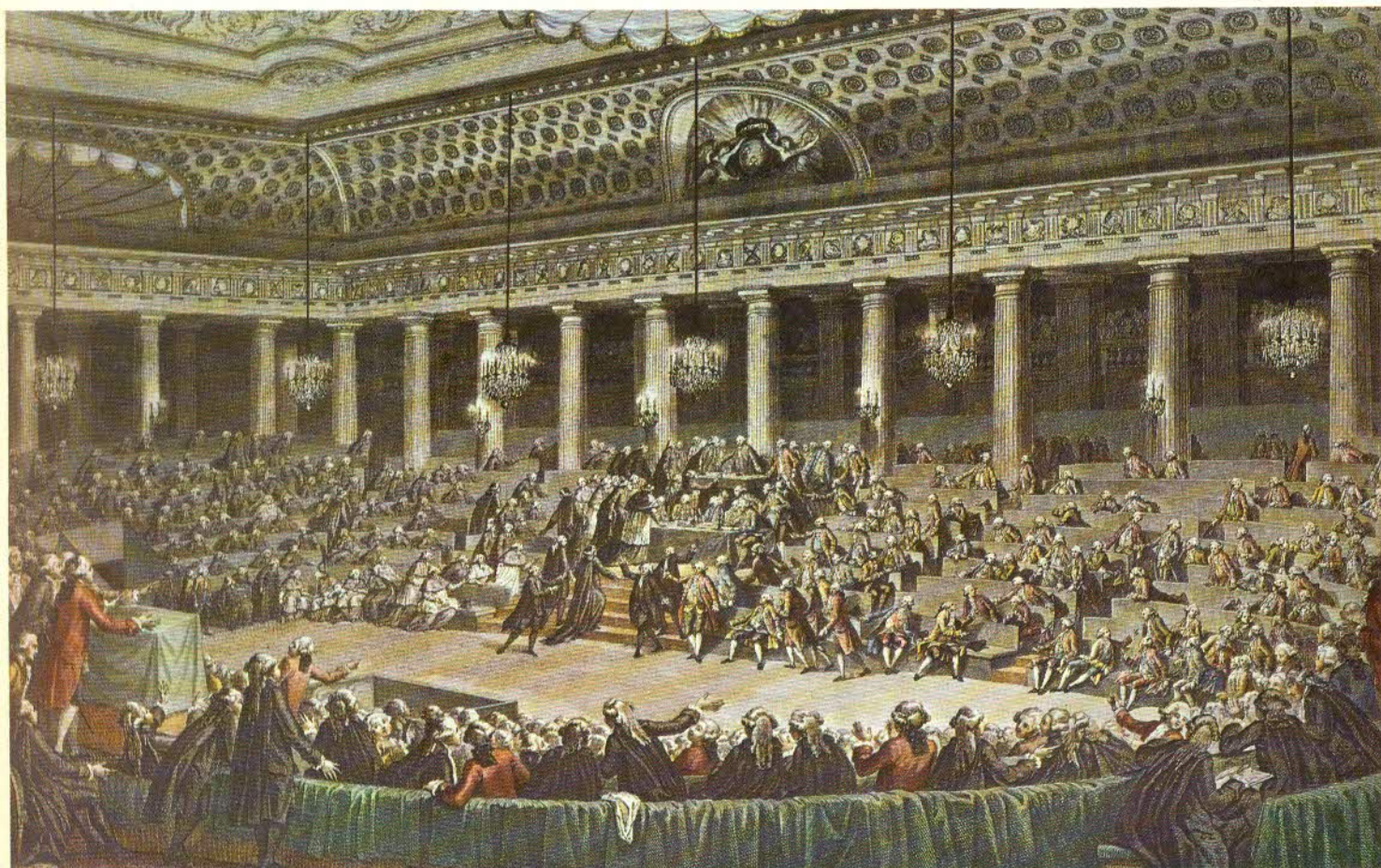
El 17 de junio, el brazo popular, rebelde y aislado, se constituyó en Asamblea Nacional y el 22 del mismo mes los diputados rebeldes se juramentaron a no separarse hasta dejar elaborada la nueva Constitución del reino. Es el famoso juramento que se ha

llamado del Juego de Pelota, porque se celebró en el trinquete de Versalles.

Ocurrió entonces un fenómeno notable. En lugar de producir escándalo, las extralimitaciones del brazo popular producían envidia a algunos de los otros brazos. Cada día abates y hasta nobles desertaban de su grupo para agregarse a los diputados del pueblo, erigidos en Asamblea Nacional. El clero y la nobleza, también contaminados de filosofía, cayeron en la cuenta de que era preferible legislar, deliberar sobre un nuevo pacto o Constitución, a bostezar oyendo proyectos de reforma expuestos por ministros de un rey absoluto.

No hubo más remedio que ceder; el 27 de junio el rey autorizó la unión de los tres estados y reconoció el hecho consumado de la Asamblea Nacional. Su composición era la misma que la de los Estados Generales, pero con un nombre mucho más significativo. La prueba es que el 6 de julio la asamblea nombraba de su seno una ponencia para que redactara el proyecto de Constitución. El 9 de julio decidió denominarse Asamblea Constituyente. Por otra parte, el 14 de julio de 1789 las turbas de París saqueaban el Hospital de los Inválidos y con las armas encontradas en aquel refugio-cuartel-museo

Sesión de la Asamblea Nacional (grabado de Helmen; Biblioteca Nacional, París).



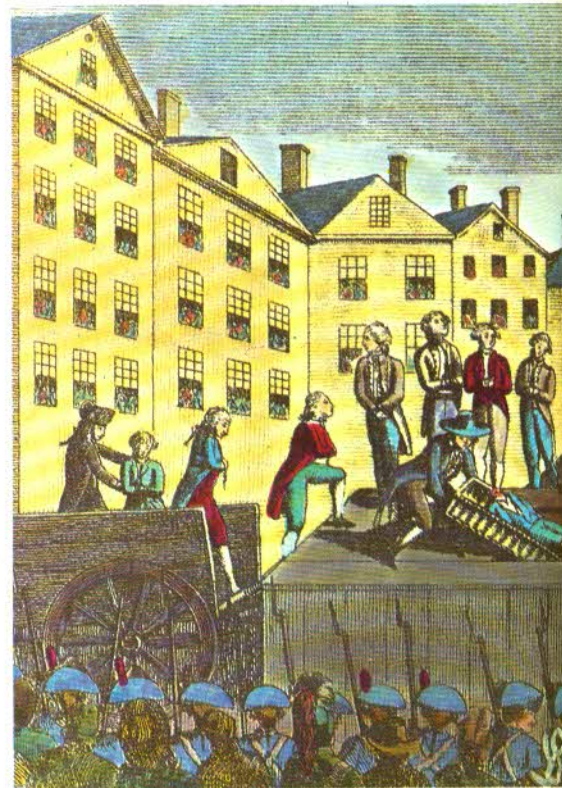
Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en un panel de la época (Museo Carnavalet, París).

asaltaban la Bastilla. ¡Cuán rápidamente se sucedían los acontecimientos!... Desde el 5 de mayo, fecha de la inauguración de los Estados Generales, al 14 de julio sólo habían pasado algo más de dos meses; el régimen se declaraba caducado por la asamblea y su poder quebrantado con la toma del viejo castillo-prisión, espantajo de varias generaciones. Cuentan que el rey, al enterarse de la toma de la Bastilla por las turbas desatadas, exclamó asombrado: "¡Pero esto es un motín!" El duque de La Rochefoucauld replicó: "No, sire, es una revolución". El motín iniciado en París repercutió en provincias.

Taine detalla fastidiosamente los incendios, motines, saqueos y degollinas que se abatieron sobre Francia entera durante aquel verano de 1789. Tantos excesos no provocaron una reacción de los privilegiados. Sólo algunos príncipes como los Condés y los hermanos del rey emigraron. En cambio, otros aristócratas, contagiándose de la excitación, querían ser más revolucionarios que el tercer estado. El 4 de



Fiesta de la Federación en el Campo de Marte de París, según aguada de Cornu (Museo de Besançon). Tras los actos revolucionarios de París, los patriotas de las poblaciones de Francia se unieron en "federaciones". En 1790, para conmemorar el primer aniversario de la toma de la Bastilla, se acordó celebrar una concentración de los federados en París, en lo que tenía que constituir un símbolo de la reconciliación nacional. Asistieron 100.000 federados de las provincias y el rey pronunció el juramento, coreado por 600.000 voces. Antes se había celebrado una misa oficiada por el obispo de Autun, Talleyrand. Por la noche se encendieron iluminaciones y se organizaron bailes. Estos festejos duraron tres días.

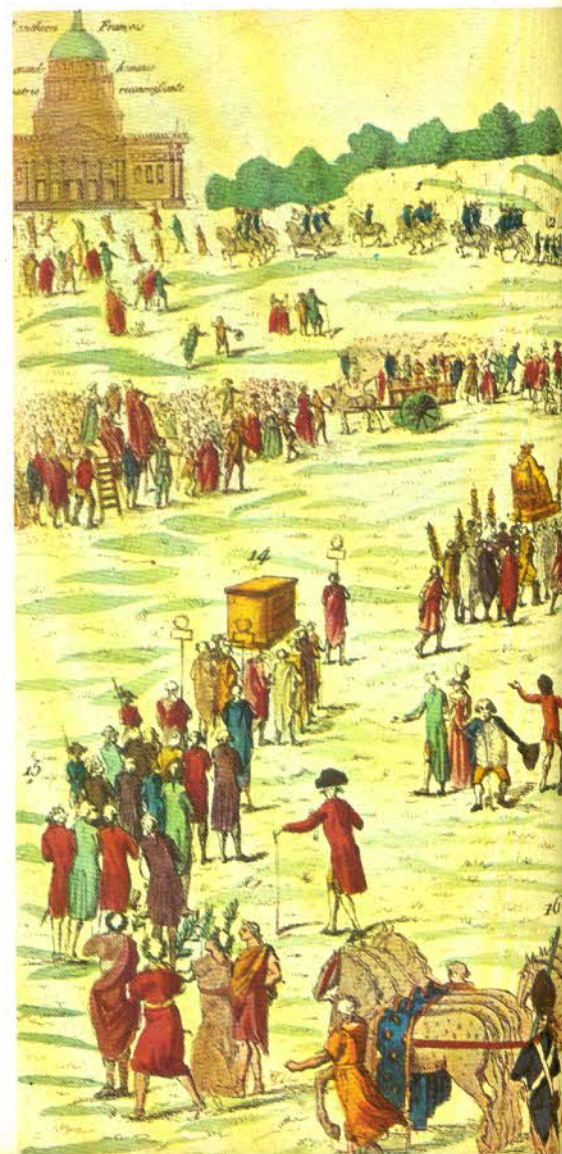


La gran ciudad desempeñó en todo momento el primer papel en la lucha revolucionaria. El pueblo bajo, que vivía en los barrios y pueblos del extrarradio, fue el ala radical que decidió en ocasiones el destino de Francia. Recordemos, por ejemplo, el papel primordial que los habitantes del barrio de San Antonio representaron en la toma de la vecina fortaleza de la Bastilla al principio del movimiento revolucionario.

agosto la nobleza dio un ejemplo de entusiasmo patriótico. Habían llegado a la Asamblea Constituyente noticias de los desórdenes de provincias, y para apaciguar al pueblo el vizconde de Noailles y el duque de Aiguillon propusieron que la asamblea declarara la igualdad de impuestos y la supresión de privilegios feudales. El duque de La Rochefoucauld propuso la liberación de los siervos; el arzobispo de Aix, la abolición de la gabela; el obispo de Uzès pidió la nacionalización de los bienes del clero. En medio del general tumulto, el arzobispo de París propuso que se conmemorara aquella generosidad con un tedéum en la catedral. Se acordó acuñar una medalla y dar a Luis XVI el título de Restaurador de la Libertad.

Con este espíritu, durante el verano iba prosiguiendo el debate de la Constitución. Se hizo preceder el texto de una Declaración de los Derechos del Hombre. Era un prefacio más filosófico que político, que garantizaba que nadie podía ser detenido a no ser por infracción de alguna ley, que todo acusado debía considerarse inocente hasta que se probara de manera cierta que era culpable, que no debía impedirse la libre exposición de principios, etcétera. Ello significaba el triunfo completo de Rousseau y Voltaire.

La Constitución aprobada por la asamblea, que se llama de 1791, estuvo en vigor sólo un año, y puede decirse que nunca fue aplicada. Pero quedó como modelo para la sociedad futura. Por lo pronto abolía los títulos y

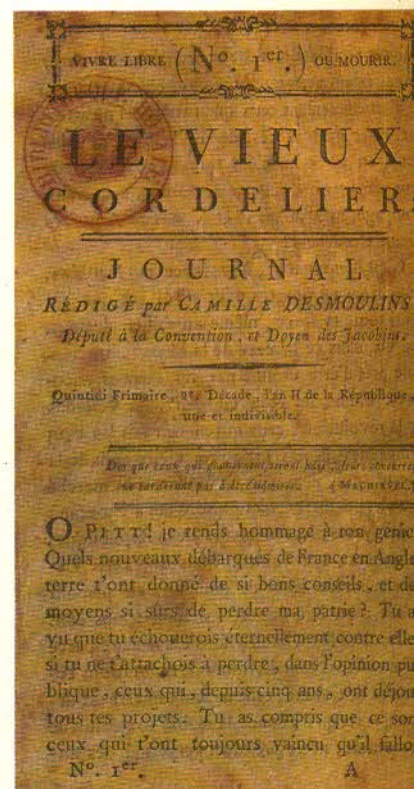




Ejecución de nueve emigrados en París (Biblioteca Nacional, París). Los emigrados, disconformes con la Revolución, por lo general nobles, quisieron devolver a Francia su antiguo régimen; para ello combatieron a la República con las armas, aliándose con las potencias enemigas, etc. La Revolución francesa decretó la pena de muerte para ellos.

órdenes de nobleza. Prohibía la venta de cargos públicos y disolvía los gremios y asociaciones que monopolizaban el comercio. Impedía los votos religiosos, declaraba el matrimonio un contrato civil y establecía registros para nacimientos y defunciones. El divorcio fue reconocido por ley especial un año más tarde, en 1792.

La soberanía residía inalienablemente en la nación, pero ésta podía delegar su ejercicio en un cuerpo legislativo y en el rey. Se discutió la conveniencia de dos cámaras como



Primer número del periódico "Le Vieux Cordelier", de Camille Desmoulins (Biblioteca Nacional de París).



Traslado de los restos de Voltaire al Panteón (Biblioteca Nacional, París). La Revolución francesa, reconociendo la deuda que tenía contraída con los "filósofos", ordenó el traslado de los restos de Voltaire al Panteón de París.



Fiesta del árbol de la Libertad (grabado del Museo Carnavalet, París).



Luis XVI en una miniatura del Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

en Inglaterra y los Estados Unidos, pero prevaleció la idea de una asamblea única. Tendría 745 diputados, y Francia, libre ya de sus fronteras interiores, se dividió en 85 departamentos. Los diputados eran elegidos por compromisarios, y éstos a su vez por todos los ciudadanos contribuyentes y que habían jurado fidelidad a la nación, a la Constitución y al rey. La duración de la asamblea era de dos años y el rey no tenía autoridad para suspenderla o disolverla. El rey elegía a sus ministros, cuyos cargos eran incompatibles con el de diputado; los ministros tenían asiento en la asamblea, pero sólo podían informar sobre asuntos de sus respectivos ministerios. Al rey se le llamaba "rey de Francia por la gracia de Dios y la voluntad nacional", y sus derechos eran indivisibles y hereditarios. No podía proponer ninguna medida por iniciativa personal y su veto era sólo "suspensivo". Por ejemplo: si ponía el veto a una ley de la asamblea, aquella misma asamblea no podía insistir, pero si después otras dos asambleas sucesivas

El león de Lucerna, monumento erigido a la memoria de los soldados de la guardia suiza que murieron en defensa de Luis XVI. En la invasión de las Tullerías por el pueblo de París, la guardia suiza opuso a la penetración de los revolucionarios la máxima resistencia, que llegó al sacrificio de sus vidas.



votaban la misma ley, ésta automáticamente quedaba vigente. Es decir, que se daba tiempo al rey y al pueblo para que meditaran seis años sobre su veto y sobre la ley.

El rey juró la Constitución con toda su familia, rodeado del pueblo y la Guardia Nacional, en una gran fiesta civil celebrada en el Campo de Marte. La corte y miles de ciudadanos creyeron que aquel acto teatral era la última concesión al espíritu revolucionario y que iba a empezar el régimen constitucional para el bien de Francia y de la monarquía. Pero un primer error fue excluir, por decreto, a los miembros de la Asamblea Constituyente (que habían redactado la Constitución en 1791) de la primera Asamblea Legislativa, que tenía que aplicarla. Los flamantes diputados no tenían ningún empeño en probar que aquel pacto, contrato o Constitución del año 1791 era inmejorable. Todo lo contrario; hombres nuevos, la mayoría jóvenes, saturados de filosofía, "republicanos", querían algo más radical que la Constitución "monárquica" elaborada por la asamblea de los Estados Generales.

En esta nueva Asamblea Legislativa predominaba el grupo que capitaneaban unos cuantos diputados de la Gironda, abogados y periodistas, saturados de mal digeridas lecturas clásicas, admiradores todos de Bruto, el asesino de César, aunque incapaces de violencia, con la excepción de sus grandilocuentes discursos empedrados de Plutarco y de ejemplos sacados de Tácito y Livio. Los girondinos alardeaban de virtud; pero por lo menos toleraban y hasta cooperaban con otros más demagogos, que deseaban la abolición de la monarquía para fines menos filosóficos. Estos eran los llamados jacobinos, en aquel momento capitaneados por Danton y Robespierre, ex miembros de la Asamblea Nacional y que, por lo tanto, no habían podido ser elegidos para la Legislativa.

El rey, como siempre, estaba rodeado de ministros sinceros, pero pusilánimes como él y sin verdadera noción de la importancia de los acontecimientos. Para él, los sucesos revolucionarios eran todavía motines. Esto explica el error de los dos vetos que ocasionaron su ruina. La Asamblea Legislativa aprobó dos leyes por las que se castigaba

OPOSICION ENTRE GIRONDINOS Y JACOBINOS

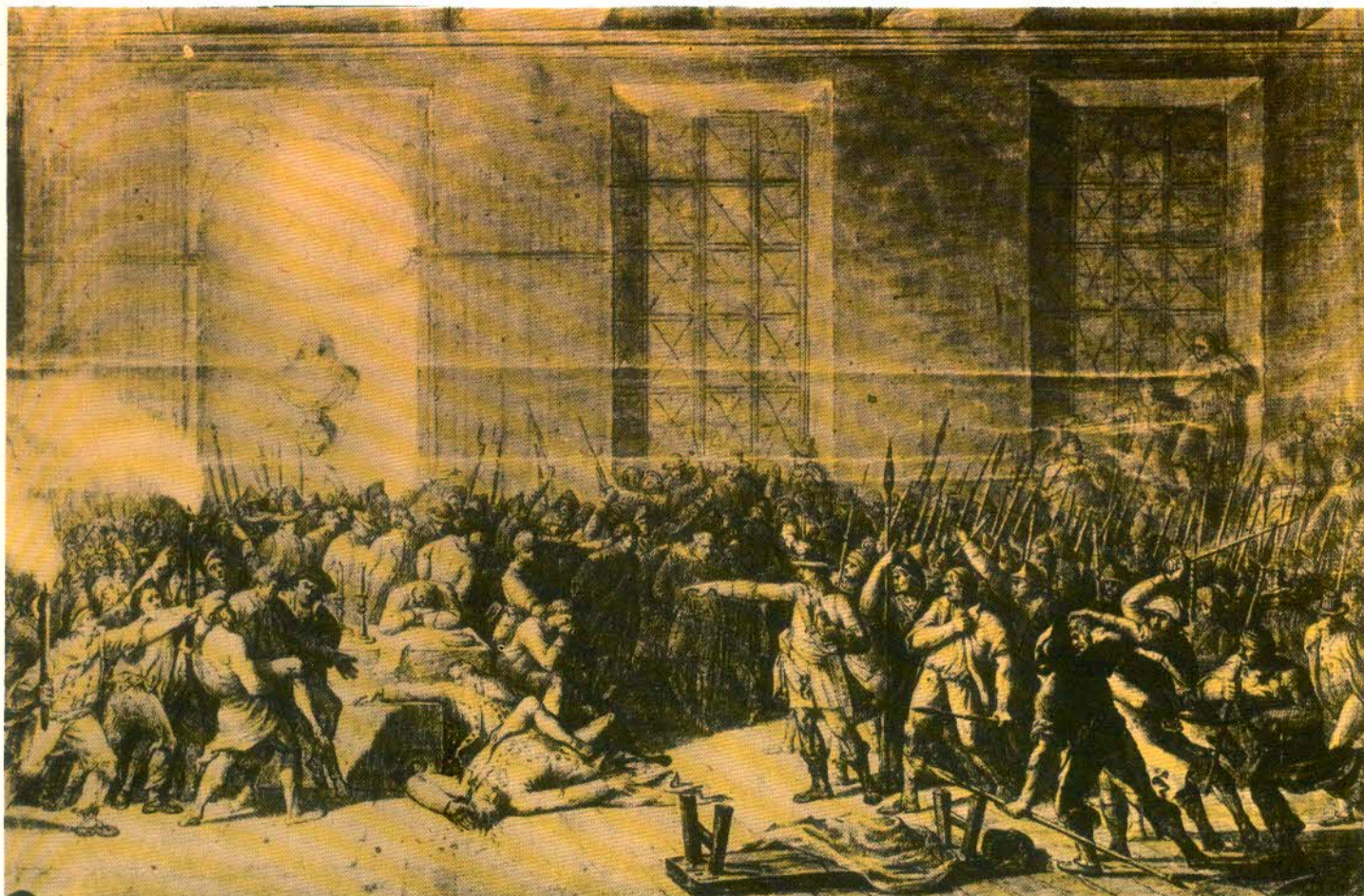
La Convención (1792 a 1795) estuvo escindida en dos grupos irreconciliables: girondinos y jacobinos. Tradicionalmente se ha considerado a los primeros como conservadores y moderados, mientras se tacha a los segundos de extremistas y precursores del socialismo. Sin embargo, del examen de los programas de ambos

partidos —realizados por los últimos historiadores de la Revolución francesa Lefebvre y Labrousse— no se deduce una diferencia esencial entre ellos. Los jacobinos eran fieles a las ideas liberales y burguesas de la revolución y sólo presionados por las circunstancias accedieron a algunas medidas de tipo socialista.

No obstante, se perciben entre ellos diferencias

en cuanto a su extracción social	girondinos: representan a la gran burguesía de los negocios.	jacobinos: representan a la pequeña burguesía y las profesiones liberales.
en cuanto a la extensión de la Revolución	girondinos: desean exportar la Revolución y son partidarios de una política expansiva y conquistadora.	jacobinos: los esfuerzos de la Revolución deben concentrarse en el interior del país.
en cuanto a las relaciones París-departamentos	girondinos: regionalistas, federalistas.	jacobinos: centralistas, parisienses.

R.G.



Los disturbios iniciados con motivo del asalto a las Tullerías y que continuaron hasta la deposición del rey, culminaron los días 2 a 6 de septiembre de 1792 con las matanzas realizadas en los detenidos en las cárceles de París.

con pérdida de bienes y otras medidas a los nobles emigrados y a la parte del clero que no había querido jurar la Constitución. En realidad, estas dos leyes eran una provocación, casi la trampa que los girondinos tendían a Luis XVI para hacerle caer. Los emigrados eran unos cuatro mil. Divididos en diversos lugares del extranjero, conspiraban para lograr una intervención, pero sin plan ni unidad de criterio. Los girondinos comprendieron que el rey, en conciencia, no firmaría aquellos castigos impuestos a sus partidarios. El asunto de los sacerdotes no juramentados era también discutible, aunque algo más claro que el de los emigrados. El rey podía firmar aquellas leyes sin gran daño, pero las vetó. No hay que decir que desde aquel momento los periódicos girondinos y las mil hojas jacobinas que se publicaban en Francia asociaron de modo indiscutible al rey y a los reaccionarios. El rey era el enemigo de la nación; la reina fue *madame Veto*, por haber, según se murmuraba, aconsejado los vetos al rey.

Recuerde el lector que Danton y Robespierre no habían podido ser elegidos miembros de la Asamblea Legislativa por el artículo de incompatibilidad. En cambio, habían encontrado refugio y ocupación como miem-

bros del concejo municipal de París, o sea la *Commune*. La presencia de los dos genios más revolucionarios de Francia en un consejo administrativo, como debía ser regularmente el municipio de París, transformó la *Commune* en un foco de insurrección irresistible. La *Commune* tenía recursos, la *Commune* podía conspirar impunemente.

Viendo que los "vetos" de las leyes contra los emigrados y el clero no juramentado habían soliviantado a la multitud hasta el punto de hacer al rey culpable de todos los males, Danton y sus cómplices prepararon un primer levantamiento popular para el 20 de junio de 1792. La *Commune* aprobó la idea de una fiesta revolucionaria con la excusa de plantar un árbol de la libertad delante de las Tullerías, donde entonces habitaba el rey y donde se reunía la Asamblea Legislativa. El cortejo se congregó en el solar de la Bastilla y atravesó todo París llevando el árbol hasta llegar a las Tullerías. Después de plantarlo, alguien descubrió que era accesible una puerta de los jardines y la multitud se precipitó dentro del palacio. El rey quedó tan perplejo como el populacho al encontrarse ambos frente a frente. Otro grupo, principalmente compuesto de mujeres, invadió las habita-

ciones de la reina. En lugar de ser asesinados, como probablemente esperaban los organizadores de la "manifestación", ambos fraternizaron con los descamisados; el rey bebió a la salud de la nación, se puso un gorro frigio y blandió un sable, amenazando a invisibles enemigos de la patria.

Por lo visto, el "buen pueblo" de París era demasiado sensible para preferir el asesinato a la nueva sensación de conversar con reyes. Por lo tanto, los conspiradores (no es posible decir quiénes eran, sino tan sólo que Danton era uno de ellos) decidieron un segundo golpe para el 10 de agosto. Esta vez los "manifestantes" serían no sólo los ciudadanos de París, sino también jacobinos de todos los departamentos que habían llegado con el propósito de celebrar el 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, y se les había entretenido con excusas. Estaban impacientes por hacer algo.

La insurrección (porque de esto se trataba) no sobrevino por sorpresa. La corte y la Asamblea conocían los propósitos de la *Commune* y se habían preparado. Había en las Tullerías numerosas tropas decididas a



Ejecución de Luis XVI, según pintura de P. A. de Machy (Museo Carnavalet, París).





Marat, por J. Boze (Museo Carnavalet, París). Este activista revolucionario, miembro de la Convención, desempeñó un papel activo en las matanzas de septiembre y contribuyó a la caída de los girondinos (junio 1793). Poco tiempo después moría apuñalado por Carlota Corday.

vender cara su vida protegiendo a la familia real. Pero los toques a rebato de las campanas, que sonaban desde la medianoche, y la gritería del populacho desencadenado desmoralizaron a Luis XVI, que decidió no luchar y prefirió refugiarse con la reina y los príncipes en el local donde estaba deliberando la Asamblea Legislativa. La deserción del rey fue una catástrofe. Las turbas invadieron las Tullerías, degollaron y martirizaron a guardias y servidores, tanto a los que se entregaban como a los que resistían. En septiembre se continuó la degollina con la invasión de las cárceles.

Entre tanto, el rey y su familia estaban hacinados en un palco o tribuna de los secretarios de la Asamblea, esperando que se decidiera su suerte. Los jacobinos de la *Commune* enviaban mensajes que excitaban a la Asamblea a votar la deposición del rey. Pero

Por la Constitución de 1791, Francia se convierte en una monarquía constitucional, con los tres poderes, judicial, legislativo y ejecutivo, encomendados a órganos distintos independientes. El país es organizado de abajo arriba como una democracia censataria: quien no contribuye no tiene ningún derecho político; cuanto más se contribuye, más derechos se tienen. La Asamblea —máximo órgano del poder legislativo—, todos los cargos judiciales y todos los territoriales emanan del pueblo. Es de destacar la descentralización administrativa: el poder central no interviene en el gobierno interior de cada departamento ni tiene sobre sus autoridades medio de control.



ACTITUDES POLITICAS EN LA FRANCIA REVOLUCIONARIA

En estos años, en que nace la terminología política de *derechas* e *izquierdas* —por el lugar que ocupaban los miembros de la Asamblea Constituyente respecto a la presidencia—, entre las principales actitudes políticas cabe distinguir las siguientes:

En lo que hoy llamaríamos la extrema derecha (no representada en la Asamblea), los *emigrados*, es decir, los nobles intransigentes que huyeron al extranjero para combatir la Revolución y tratar de restaurar la monarquía absoluta del Antiguo Régimen. Los primeros en emigrar fueron el conde de Artois (hermano menor de Luis XVI y futuro rey de Francia con el nombre de Carlos X) y Luis José de Borbón, príncipe de Condé, un primo del rey que organizó en Worms un ejército de emigrados para luchar contra el nuevo régimen. Ambos emigraron poco después de la toma de la Bastilla, y al igual que el resto de los nobles que siguieron su ejemplo, se vieron desposeídos de todos sus bienes por el gobierno. Los peones de la contrarrevolución fueron los campesinos monárquicos de la Vendée y de las regiones del Noroeste, estos últimos llamados *chuanes* por el apodo de uno de sus jefes, Jean Cottereau, quien usaba como contrasena el grito del búho (*chat-huant*, de donde la palabra *chouan*). Vendeanos y chuanes, mandados por aristócratas fuera de la ley, enardecidos por sus "rectores", que predicaban la "guerra santa", y sostenidos por la ayuda inglesa, tuvieron en jaque a la República durante largos años. La mejor descripción literaria de estos guerrilleros bárbaros y fanáticos la dio Balzac en su novela *Los chuanes* (1829).

En la derecha, los *fuldenses*, grupo de moderados partidarios de la monarquía constitucional, tan opuestos al Antiguo Régimen como a la democracia. Su nombre procede del antiguo convento de los *feuillants*, en el que fundaron un club político en julio de 1791 al separarse de los jacobinos; sus principales representantes, como La Fayette —héroe de la guerra de la independencia americana—, Barnave y Bailly, fueron muy pronto desbordados por los acontecimientos y no tardaron en desaparecer de la escena política.

Inicialmente a la izquierda, aunque luego cada vez más inclinados hacia posiciones derechistas, los *girondinos*, así llama-

dos porque la mayoría de sus miembros originariamente procedían de la Gironda, en el sur de Francia; representaban a la pequeña burguesía ilustrada, aunque con numerosas conexiones con la alta burguesía y el mundo de las finanzas. En 1792, sus hombres (Vergniaud, Brissot, Guadet, Roland) ocuparon el poder después de haber atacado con violencia la institución monárquica, pero tras la caída de Luis XVI, cada vez más asustados por la marcha de la Revolución, su carácter moderado se fue acentuando progresivamente, hasta que en la primavera de 1793, en un choque decisivo con los jacobinos, fueron aniquilados. La fama póstuma de este grupo (que representó una tendencia federalista frente al centralismo jacobino) se debió en buena parte a la *Historia de los girondinos* (muy idealizada y parcial) que el poeta Lamartine publicó en 1847 y que tuvo una enorme difusión.

A la izquierda, los *jacobinos* propiamente dichos o *montañeses*. Se trataba en un principio de un club que desde octubre de 1789 celebraba sus reuniones en el refectorio de un antiguo convento de dominicos (*jacobins*), agrupando ideologías muy dispares; sin embargo, la radicalización de su clima político motivó que se separaran de él los más moderados —primero los fuldenses y luego los girondinos—, y a partir de fines de 1792 se convirtió en un grupo puramente *montañés*; se llamaba *montañeses* a los miembros de la Convención que se sentaban en la parte más alta de la gradería, la "Montaña", y que formaban la izquierda de la asamblea. Sus jefes, entre los que figuran los revolucionarios más famosos, como Robespierre, Marat, Danton, Desmoulins y Saint-Just, representaban las actitudes más enérgicas y violentas, como portavoces de la pequeña burguesía y de los medios populares. Después de triunfar sobre los girondinos (junio de 1793), organizaron el gobierno llamado del Terror hasta ser abatidos en 1794 por la reacción termidoriana.

El ala extremista del jacobinismo la constituían los *cordeleros*, club abierto en 1790 en un antiguo convento de cordeleros o franciscanos; se nutrían fundamentalmente de artesanos y obreros de los suburbios, contaron con figuras de la

talla de Marat, Danton y Hébert y tuvieron una importante participación en todas las grandes jornadas revolucionarias. Todavía más a la izquierda estaban los llamados *rabiosos* (*enragés*), dirigidos por un antiguo sacerdote, Jacques Roux, apodado "el predicador de los *sans-culottes*". Las audaces medidas económico-sociales motivaron que fueran considerados peligrosos por Robespierre y sus amigos, quienes les hicieron detener en septiembre de 1793.

Las fuerzas de choque del movimiento revolucionario fueron los *sans-culottes*, que a lo largo de tres años, de 1792 a 1795, impulsaron los grandes cambios que se producían en el país. Su nombre de "sin calzones" fue el mote que los aristócratas daban a los revolucionarios por haber abandonado el calzón, prenda habitual de las clases acomodadas, y haberlo sustituido por pantalones de buriel a listas. De los estudios de Soboul y Rudé se desprende que los *sans-culottes* constituían un grupo social bastante heterogéneo, en el que no siempre predominaban las clases más bajas de la población, lo que hoy llamaríamos "proletariado", sino que comprendía también numerosos artesanos, pequeños tenderos y trabajadores independientes.

El papel activo de los *sans-culottes* y de las diversas facciones revolucionarias terminó con la subida al poder de los *termidorianos* (Tallien, Fouché, Barras), todos ellos antiguos "terroristas", que pusieron fin a la democracia autoritaria haciendo marcha atrás y estabilizando la Revolución en la fase que les convenía. Pero todavía en estos años surgió otro grupo extremista, el de Babeuf y sus amigos (Darthé, Buonarroti, Barère), de tendencias "comunistas", que preconizaba la abolición del derecho de propiedad; el propósito inicial de la "conjuración de los Iguales" era derribar al gobierno, pero uno de los conjurados, Grisel, les traicionó. El 10 de mayo de 1796 fueron detenidos y Babeuf y Darthé murieron en la guillotina. Un superviviente del complot, el italiano Buonarroti, debía publicar en 1826 una famosa historia de esta abortada conjura.

C. P.

la Asamblea se contentó con aprobar una propuesta de Vergniaud, el más elocuente de los girondinos, que declaraba al rey suspendido en su oficio y nombraba un preceptor para el delfín. El hecho de que desde aquel momento Francia fuese un reino con un rey suspendido obligaba a convocar una convención para redactar otra Constitución que estuviera en armonía con la situación legal creada por los acontecimientos. Quedaba, pues, evidenciado que los girondinos, re-

publicanos en los *clubs*, eran todavía monárquicos en la Asamblea y concebían tal vez la posibilidad de hacer un rey de aquel niño de ocho años para quien se buscaría un filósofo como preceptor. Esta solución, naturalmente, no satisfizo a los jacobinos de la *Commune*. Pero esperaban dominar la nueva convención que heredaría el poder de la Asamblea Legislativa y se limitaron a forzar las elecciones, dando a toda Francia una impresión de revuelta que dejaba entrever



María Antonieta ante el tribunal revolucionario. A diferencia de Luis XVI, juzgado por la Convención, a María Antonieta la condenó un tribunal.

el 'advenimiento inminente del Terror. En París los jacobinos ganaron casi todos los puestos. Fueron elegidos por la capital los personajes siguientes: Robespierre, Danton, Marat, Camille Desmoulins, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes... La lista de los veinticuatro miembros que habían sido elegidos por París podría acabar con el duque

de Orleáns, que había tomado el nombre de Felipe Igualdad, y el pintor David. Los girondinos fueron también reelegidos.

La Convención, que iba a durar hasta el 26 de octubre de 1795, inauguró sus sesiones el 21 de septiembre de 1792. Duró, pues, tres años; en la fraseología de la época, la Convención debía dar a Francia un nuevo

LA ESTADISTICA DEL TERROR

Estudios modernos, como el realizado por Donald Greer, permiten conocer aproximadamente el número de víctimas que causó en Francia el período llamado del Terror.

Respecto al número de sospechosos que fueron encarcelados durante estos meses, los especialistas no se han puesto de acuerdo; mientras para Louis Jacob fueron relativamente muy pocos, alrededor de 70.000, Greer y Lefebvre estiman que debieron ser muchos más y aventuran la cifra de 500.000; Mathiez, por su parte, habla de unos 300.000.

Divergencias mucho menores hay en lo tocante al número de muertos. Según Greer, su número oscila en toda Francia

entre 35 y 40.000, teniendo en cuenta las ejecuciones sin juicio previo, como las que tuvieron lugar en Nantes y en Toulon. Las sentencias de muerte que dictó el Tribunal Revolucionario y las diversas jurisdicciones excepcionales fueron exactamente 16.594; la mayoría de ellas (10.812) se sitúan entre octubre de 1793 y mayo de 1794. Sólo el 16 % de estas penas de muerte se dictaron en París, mientras que la gran mayoría (71 %) corresponden a las regiones que eran escenario de la guerra civil.

Más de tres cuartas partes de las sentencias (78 %) fueron motivadas por rebelión o traición, y un 19 % por delitos de opinión (conspiraciones, federalismo,

etcétera). También es bien conocido el origen social de los condenados a muerte: el 84 % de ellos pertenecían al Tercer Estado, según la siguiente proporción: *sans-culottes*, 31 %; campesinos, 28 %; burgueses, 25 %. No obstante, el porcentaje de nobles fue del 8,5 %, y el de clérigos, del 6,5 %.

No hay estadísticas de las víctimas del llamado "Terror blanco" que se desencadenó después de la caída de Robespierre, ya que en la mayoría de los casos fueron ejecuciones sin ninguna formalidad jurídica, pero sí se sabe que fueron muy numerosas.

C. P.

pacto o contrato —el documento que hoy llanamente llamamos Constitución— y además gobernar, atender a apremiantes necesidades de la nación en plena anarquía. Para los ideólogos —podríamos decir filósofos-diputados— lo primero era decidir qué clase de gobierno iban a establecer, y ya el primer día —el mismo 21 de septiembre— la Convención declaró, por unanimidad, que la monarquía quedaba abolida. El segundo día, el 22, se decretó que desde entonces se datarían los documentos a contar del año primero de la República.

La rapidez de la revolución empezó entonces a alarmar a los girondinos y comenzaron a insinuar que Danton y otros jacobinos aspiraban al triunvirato o la dictadura. La lucha entre jacobinos y girondinos se suspendió, de momento, con la excitación que produjo el proceso del rey. La Convención, arrogándose derechos de tribunal, acusó a Luis XVI de traidor a la nación por haber mantenido correspondencia secreta con los monarcas europeos que se interesaban en su salvación. La Convención declaró por unanimidad que Luis Capeto era “culpable de conspirar contra la seguridad general del estado”. En cambio, el castigo, o sea la pena capital, no obtuvo más que una ínfima mayoría. El rey fue guillotinado en



María Antonieta en la Conserjería, por Sofía Prieur, de un apunte de Kucharski (Museo Carnavalet, París).



La Conserjería, donde permaneció encerrada María Antonieta hasta el momento de ser llevada al cadalso.

La distribución territorial de la Francia del Antiguo Régimen revela la estructura todavía feudal del país. Cada una de las provincias, de extensión variable, tiene una organización interna peculiar y sus relaciones con el poder central van desde la autonomía hasta la directa administración real. En 1789, Francia es dividida en 83 Departamentos de extensión equivalente y de idéntica estructura política, sujetos todos a las leyes dictadas por la Asamblea y al gobierno de los ministros del rey.



la Plaza de la Revolución, la que hoy es Plaza de la Concordia, el 21 de enero del año de 1793, 1 de la República. El proceso de la reina se efectuó medio año después; ya no se la juzgó en la Convención, sino por un tribunal. Mientras el rey fue a la guillotina en carroza, la reina fue llevada en carreta, las manos atadas y mirando hacia atrás.

Desaparecido el enemigo común, que era la monarquía, se hizo más aguda la discusión entre girondinos y jacobinos. Estos últimos, que dominaban todavía la *Commune*, contaban con París para salvar y empujar la revolución; los girondinos pensaban que las provincias, o departamentos, estaban ya fatigadas de desorden y servirían de dique al torrente revolucionario. Pero se equivocaron; mientras en revoluciones posteriores Francia ha encontrado freno en los departamentos, porque con mayores facilidades de transporte éstos han podido movilizarse y sofocar la hoguera de París, en los años de la Convención las "secciones" o barrios de París arrollaban cuanto pudiera ser obstáculo al progreso de la revolución. Las "secciones" o tenencias de alcaldía de París, apoyando a los jacobinos de la *Commune*, forzaron la caída de la monarquía, y el verano del mismo año 1793, después de varios motines o golpes de estado, consiguieron la proscripción de los girondinos. Estos, demasiado intelectuales, se hubieran satisfecho con una república democrática al estilo de las de nuestro siglo; pero las revoluciones no se contentan con soluciones sensatas, el péndulo ha de caer al otro lado para después estacionarse definitivamente en el centro. Los girondinos pagaron su moderación, unos suicidándose, otros terminando en la guillotina en octubre del 93, antes de transcurrido un



Miniatura con la efigie del delfín Luis, hijo de Luis XVI y María Antonieta, por Aleksander Kucharski (Museo Nacional, Cracovia). Encarcelado con su familia en el Temple, fue colocado bajo la vigilancia de un zapatero. Seguramente moriría por falta de cuidados.

Danton, el célebre revolucionario francés, creador del Tribunal revolucionario y del Comité de Salvación Pública, de donde fue eliminado por Robespierre. Ello le llevó a oponerse a los métodos de éste, pero Robespierre consiguió su encarcelamiento y que fuera guillotinado después.



año de haber votado ellos mismos la muerte del rey Luis XVI.

Su pecado había sido proponer una organización federal para Francia, que en aquellos momentos era, en cierto modo, sospechosa de ser una medida reaccionaria.

Danton, aliado de los girondinos en los días de la Asamblea Legislativa y su peor enemigo en la desgracia, fue guillotinado por traición en abril del año siguiente. El "incorruptible" Robespierre intentaba proseguir la revolución, haciéndola más radical —y más cruel—; pero cuando se alejó el peligro de la invasión extranjera, su dictadura pareció innecesaria, y los conspiradores le hirieron en la misma *Commune* y fue ejecutado al día siguiente (julio de 1794). La *Commune* fue disuelta el mismo día y poco después se cerró el club de los jacobinos. El péndulo

CRONOLOGIA DE LA REVOLUCION

- | | | |
|--|---|---|
| 1788: 8 agosto. Anuncio de la convocatoria de los Estados Generales. | 1792: 20 abril. Declaración de guerra a Austria. | 28 julio. Ejecución de Robespierre y sus amigos. |
| 25 agosto. Segundo ministerio de Necker. | 20 junio. El pueblo de París invade el palacio de las Tullerías. | septiembre. Disolución de la Comuna de París. |
| 1789: 5 mayo. Apertura de los Estados Generales. | 10 agosto. Deposición del rey. | 19 noviembre. Cierre del club de los jacobinos. |
| 20 junio. Juramento del Juego de Pelota. | 2-6 septiembre. Matanzas en las cárceles. | 1795: 6 abril. Paz de Basilea entre Francia y Prusia. |
| 9 julio. Dan comienzo las sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente. | 21 septiembre. Comienzos de la Convención Nacional y abolición de la realeza. | 27 julio. Tratado de Basilea entre Francia y España. |
| 14 julio. Toma de la Bastilla. | 1793: 21 enero. Ejecución de Luis XVI. | 26 octubre. Comienzo del Directorio. |
| 26 agosto. Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. | marzo. Insurrección de la Vendée. | 1796: abril. Bonaparte inicia su campaña de Italia. |
| 5-6 octubre. Marcha del pueblo parisiense a Versalles y retorno del rey a París. | 10 marzo. Creación del Tribunal Revolucionario. | 10 mayo. Detención de Babeuf y sus amigos. |
| 2 noviembre. Secularización de los bienes eclesiásticos. | 2 junio. Proscripción de los girondinos. | 15-17 noviembre. Victoria de Bonaparte en Arcole. |
| 1790: 12 julio. Constitución civil del clero. | 13 julio. Asesinato de Marat. | 1797: 14 enero. Victoria de Rivoli. |
| 14 julio. Fiesta de la Federación. | 23 agosto. Leva masiva. | 4 septiembre. Golpe de estado del 18 Fructidor. |
| 1791: 13 abril. El papa condena la Constitución civil del clero. | 17 septiembre. Ley de sospechosos. | 18 octubre. Tratado de Campoformio. |
| 20 junio. Huida a Varennes. | 16 octubre. Ejecución de María Antonieta. | 1798: mayo. Comienzo de la expedición a Egipto. |
| 14 septiembre. El rey acepta la Constitución. | 31 octubre. Ejecución de los jefes girondinos. | 21 julio. Victoria de las Pirámides. |
| 1 octubre. Primera sesión de la Asamblea Legislativa. | 1794: 24 marzo. Ejecución de los hebertistas. | 1799: 9 noviembre. Golpe de estado del 18 Brumario. |
| | 5 abril. Ejecución de los dantonistas. | 10 noviembre. Comienzo del Consulado. |
| | 8 junio. Fiesta del Ser Supremo. | |
| | 26-27 julio. Cae Robespierre. | |



La última llamada de las víctimas del Terror, por C. L. Muller (Museo de Versalles).

empezaba a descender hacia la derecha, mientras iban cayendo unas tras otras las cabezas de los facciosos de la Convención.

Pero en tanto la guillotina iba segando en los respiros que dejaba la lucha de partidos, las cabezas que subsistían iban elaborando un nuevo pacto o contrato que viniera a sustituir la Constitución del año 1791. En esta nueva Constitución de la Convención se desvanecían los últimos derechos feudales.

La nueva Constitución jacobina definía

el derecho de propiedad diciendo que todo ciudadano puede gozar y disponer de los bienes conseguidos con el fruto de su trabajo. En cambio, otro párrafo afirmaba que "el fin de la sociedad es el bien común", que el hombre tiene "derecho" al trabajo y que, si no puede trabajar, "los socorros públicos son una deuda sagrada".

No hay duda de que si la revolución hubiese continuado su marcha normal (sin Bonaparte), hubiera intensificado este tono

DOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCION FRANCESA

En el primer período de la Revolución desempeñó un papel de cierta importancia el granadino Andrés María de Guzmán, aristócrata de ideas liberales que había sido oficial de caballería en España y que, mientras andaba envuelto en intrincados pleitos sucesorios, obtuvo la nacionalidad francesa en 1781. En París siguió con gran interés el desarrollo de los acontecimientos, tomó parte activa en la Revolución y defendió enérgicamente a los montañeses de los ataques de los girondinos. Su origen extranjero motivó que fuera detenido en varias ocasiones. A partir del verano de 1793 aparece íntimamente relacionado con el grupo de Danton y Desmoulins, interviniendo también en el turbio asunto de la liquidación de la Compañía de Indias y compartiendo la riqueza y la vida de libertinaje de sus ami-

gos. Cuando Robespierre incluyó en un mismo proceso por traición y corrupción a los llamados "indulgentes" (Danton y Desmoulins) y a los agiotistas de la Compañía de Indias, fue con ellos condenado a muerte y murió con sus compañeros en la guillotina el 5 de abril de 1794. Contaba entonces cuarenta y un años de edad.

Mucho más influyente fue su compatriota Teresa Cabarrús, nacida en 1773 en Carabanchel Alto, cerca de Madrid, hija del importante banquero y político español Francisco Cabarrús. Tras haberse divorciado de su primer marido, el marqués de Fontenay, encontrándose en Burdeos fue encarcelada, pero la salvó la seducción que ejerció su belleza en el implacable terrorista Tallien, quien, bajo su influencia, moderó notablemente sus excesos.

Más tarde, en París volvió a ser encarcelada y, después de que su amante se convirtiera en uno de los jefes de la reacción termidoriana que provocó la caída de Robespierre, recobró la libertad, contrajo matrimonio con Tallien (diciembre de 1794) y durante varios años fue una de las reinas de la vida mundana parisienne. Se le dio el sobrenombre de "Notre Dame de Thermidor"; intervino en cuestiones políticas, dictó la moda a las elegantes de la época, imponiendo la túnica griega corta y semitransparente, y se hizo famosa por la extravagante fastuosidad de su vida. Tras haber sido la amante de Barras, se divorció de Tallien y contrajo aún un nuevo matrimonio, ahora con un aristócrata, el conde de Caraman-Chimay. Murió en Chimay en 1835.

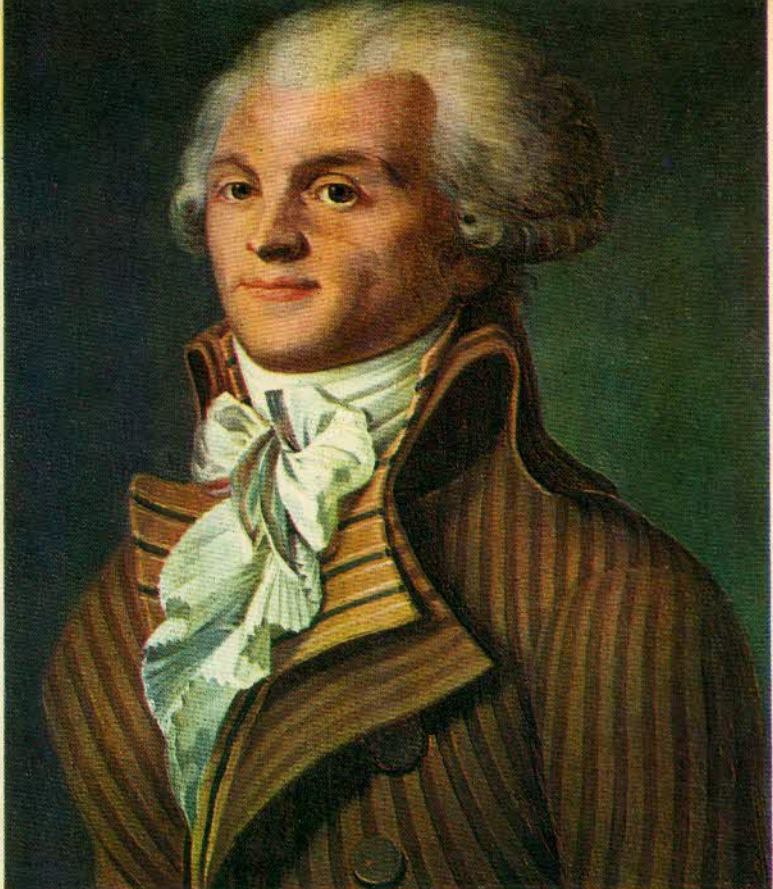
C. P.

socialista. Robespierre había dicho: "Todo lo que es necesario es de propiedad común; sólo lo superfluo debe permitirse que sea de propiedad privada". El bienestar del pueblo se consideraba como la primera obligación del gobierno. Saint-Just, lugarteniente de Robespierre, decía: "Un pueblo que no es feliz no tiene patria".

Empezaba a cristalizar la idea de que Francia tenía que imponer sus principios a Europa: "*Ne voyons pas assez l'Europe*". "Nuestras fronteras serán los cuatro ámbitos del planeta", había dicho Danton. Otros creían augurar que habría gobiernos "a la antigua", mientras otros se constituirían a imitación de Francia.

Pero, además de discutir "principios", la Convención fue decretando, en el transcurso de su gestión, medidas de las que todavía hoy Francia se beneficia. Creó la Escuela Normal Superior; el Jardín de Plantas y el Observatorio fueron reorganizados; impuso el sistema métrico decimal; estableció el Registro de Propiedad literaria, el Gran Libro de la Deuda, etc.

La revolución hubiera debido precisar cuáles eran los gobiernos a la antigua y los modernos. Los revolucionarios franceses no tenían un programa ni un ideal común. Ni tenían un libro santo como los puritanos; lo que más había sufrido en las jornadas revolucionarias era la religión. Había entre los girondinos aquellos que adoraban un Ser Supremo, pero sin precisar su carácter, si era sólo el Creador o además el mantenedor del universo y el juez que impone reglas de conducta y hasta de gobierno. Para unos, el objetivo era restaurar la forma primitiva de humanidad natural propuesta por Rousseau; para otros, el progreso continuado después de las etapas revolucionarias debía producir una sociedad mejor. Sin embargo, ni unos ni otros explicaron el camino para llegar a su ideal ni se esforzaron en proponerlo para su inmediata realización. No dejaron un texto de gobierno republicano. Aparentemente la Revolución francesa no hizo más que destruir el antiguo régimen y esto a algunos les parecerá muy poco, porque en la Francia monárquica había muchas cosas admirables; pero estaban éstas tan ocultas entre defectos y aberraciones, que hubiera sido imposible aprovecharlas en los nuevos tiempos con los cambios que imponía la ciencia. Aun suponiendo que en Francia se pudieran salvar algunos elementos de civilización neoclásica, en el resto de Europa las cortes, imitación de la de Versalles, con sus príncipes disolutos, su burguesía entumecida, su cultura casi medieval, no tenían gran cosa que mereciese conservarse. Y las etapas revolucionarias en Francia advirtie-

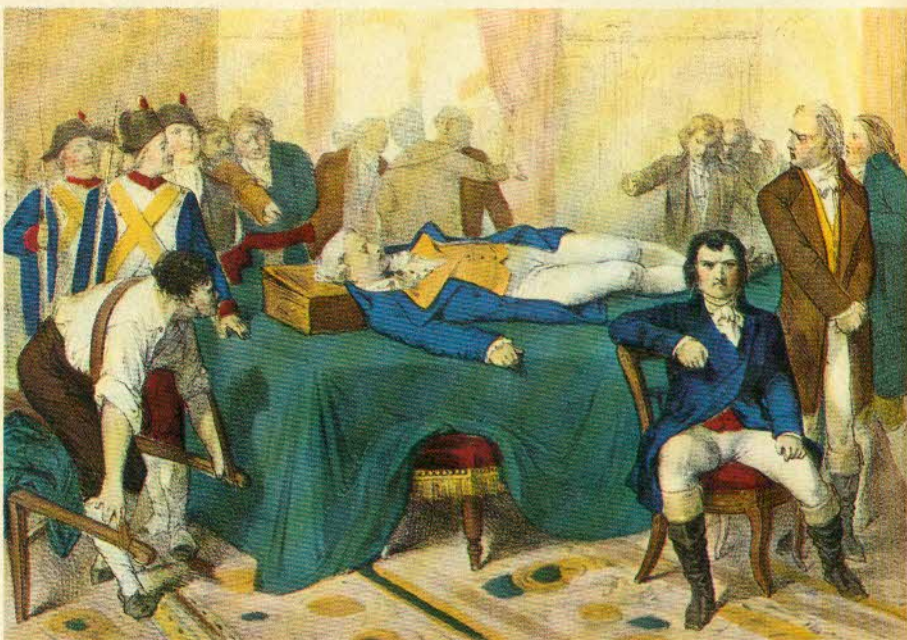


Maximiliano Robespierre
(Museo Carnavalet, París),
el jefe de los jacobinos y
organizador del Terror como
sistema de gobierno.

ron del peligro a los grandes y despertaron deseo de cambios en los menestrales y en los intelectuales.

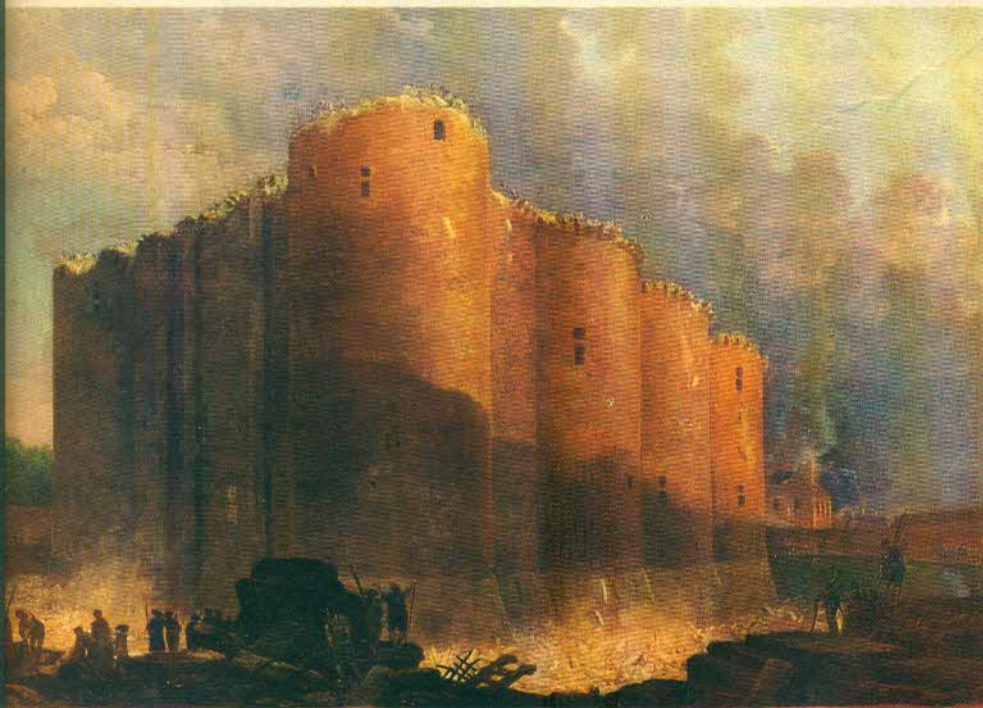
Los esfuerzos que hicieron los príncipes europeos para socorrer a sus "primos" de Francia no merecen ser recordados. Sólo doscientos soldados extranjeros de la Guardia Suiza, que fueron acuchillados defendiendo las Tullerías, han sido dignos de un monumento: el león herido de Lucerna los glorifica magníficamente.

La revolución termidoriana
en el Ayuntamiento de París
(Museo Carnavalet, París).



BIBLIOGRAFIA

Goubert, P., y Denis, M.	<i>1789. Les français ont la parole. Cahiers des Etats Généraux, pressentés par...</i> , París, 1964.
Greer, D.	<i>The incidence of the Terror</i> , Cambridge (Mass.), 1935.
Lefebvre, G.	<i>La Revolución francesa y el Imperio</i> , México, 1960. — <i>Les Thermidoriens</i> , París, 1937.
Mathiez, A.	<i>La Révolution française</i> , París, 1922-1927 (3 vols.).
Robiquet, J.	<i>La vie quotidienne au temps de la Révolution</i> , París, 1938.
Rudé	<i>The Crowd in the French Revolution</i> , Oxford, 1959.
Soboul, A.	<i>Compendio de historia de la revolución francesa</i> , Madrid, 1966. — <i>Les sans-culottes parisiens en l'an II</i> , París, 1959.
Sorel, J. A.	<i>La Révolution française et la formation de l'Europe moderne</i> , París, 1965.
Tierno Galván, E.	<i>Babeuf y los Iguales. Un episodio del socialismo premarxista</i> , Madrid, 1967.
Vicens, F.	<i>Cómo se desarrolló la Revolución francesa</i> , Barcelona, 1958.



*Demolición de la Bastilla,
por Hubert Robert
(Museo Carnavalet, París).*